

**Don Beltrán de Urdaneta,  
personaje de la tercera serie de los *Episodios nacionales*:  
¿antecedente galdosiano del marqués de Bradomín?**

Ermitas PENAS  
Universidade de Santiago de Compostela  
Grupo de Estudios Galdosianos (GREGAL)

RESUMEN. El artículo pretende responder a la pregunta que se plantea en el título. Para ello se analizan determinadas características de dos personajes donjuanescos: don Beltrán de Urdaneta, de la tercera serie de los *Episodios nacionales*, y Xavier de Bradomín, protagonista y narrador de las *Sonatas valleinclanescas*.

PALABRAS CLAVE. Antecedente, Beltrán de Urdaneta, Pérez Galdós, don Juan, marqués de Bradomín, Valle-Inclán, *Luchana*, *Sonatas*.

ABSTRACT. This article seeks to answer the question posed in the title. To do so one analyzes certain characteristics of two Don Juan type characters: don Beltrán de Urdaneta, in the Third Series of *Episodios nacionales*, and Xavier de Bradomín, protagonist and narrator of the *Sonatas* by Valle-Inclán.

KEYWORDS. Antecedent, Beltrán de Urdaneta, Pérez Galdós, don Juan, marqués de Bradomín, Valle-Inclán, *Luchana*, *Sonatas*.

*A Margarita Santos Zas*

Aunque la cuestión de los antecedentes literarios suele ser tema de controversia, me propongo indagar ahora en algo que Francisco Ynduráin señalaba en 1969: «la posible sugestión galdosiana en Valle-Inclán», que, decía enunciar «con tanta cautela» (1969: 86). El autor de *Valle-Inclán. Tres estudios* descubría significativas coincidencias en la descripción de tipos, en que la sugerencia es lo que importa, o en la sustitución metonímica de los personajes por su vestimenta o adornos. Por su parte, Domingo Ynduráin (1984: 174, n. 19) no se extraña tampoco de que don Ramón recuerde en las *Novelas del Ruedo Ibérico* «los momentos más expresionistas, caricaturescos» de los *Episodios nacionales*. De modo que, afirma, «es indudable que Valle concentra lo que en Galdós estaba diluido». Tampoco se sorprende el mencionado estudioso de «las posibles conexiones entre D. Juan Manuel Montenegro y D. Beltrán de Urdaneta» (*ibid.*). Conexiones que, sin embargo, me interesa ahora centrar en el personaje de la tercera serie galdosiana y Xavier, marqués de Bradomín, protagonista y narrador de las *Sonatas* del escritor gallego.

Don Beltrán de Urdaneta aparece por primera vez en *Luchana*, escrita en enero-febrero de 1899, y luego en *La campaña del Maestrazgo*, redactada en el mismo año, en abril-mayo. Por su parte, la *Sonata de otoño*, la primera de ellas, escrita y publicada en 1902, goza de una amplia y precedente plasmación literaria tal y como ha señalado la crítica. Ya E. S. Speratti-Piñero citaba, en 1959, seis publicaciones periodísticas anteriores a la salida de la novela, y E. Lavaud-Fage (1991: 246) habla de diez «esbozos de fragmentos», escritos en 1901 y 1902, lo cual ratifica y precisa M. Santos Zas cuando señala que, desde esa primera fecha, Valle «venía publicando en *Los Lunes de El Imparcial* y en *Juventud* al menos una decena de relatos que reelaborados incorporó a la *Sonata de Otoño*» (Santos Zas 2017: XXIII)<sup>1</sup>.

Así, pues, la distancia cronológica entre *Luchana* y los pre-textos literarios de la primera sonata es de unos dos años. Además, no debe perderse de vista que Valle-Inclán fue lector de la tercera serie de los *Episodios nacionales*<sup>2</sup>. Lo cual atestigua su buen conocimiento de ella cuando en la reseña a *Las tormentas del 48 (La Correspondencia de España, 6 de julio de 1902)*, episodio inicial de la cuarta, se pronuncia sobre las novedades que este supone respecto de aquella.

Entre el personaje galdosiano y el valleinclanesco hay algunas concomitancias que aparecen, sobre todo, en el devenir de *Luchana*. Ambos son donjuanes periféricos, uno de Aragón, el otro de Galicia, y de origen noble. En el caso del segundo, otras semejanzas previenen de antemano al lector, pues desde la primera edición de la *Sonata de Otoño*, se topa con una «Nota», anterior al texto, «una clara, rotunda, aparente tarjeta de visita» (Zamora Vicente 1955: 31), que, en principio, retrata sintéticamente con rasgos prosopopéyicos y etopéyicos al protagonista:

Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables», que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable, tal vez!...

Era feo, católico y sentimental<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Téngase en cuenta además que la *Sonata de Estío*, de 1903, fue «precedida de una larga prehistoria», que se remonta a 1892, cuando el escritor gallego viaja a México (Santos Zas, *ibid.*). Lo cual no descarta que esta segunda novela sea «acaso [...] el origen de la tetralogía» (*ibid.*), como el propio Valle parece recordar en la entrevista del 4 de marzo de 1912 para el *Heraldo de Madrid*: «Méjico, realmente, era desconocido, y reuní mis impresiones en lo que compone *La sonata de Estío*» (J. y J. del Valle-Inclán 1994: 94).

<sup>2</sup> Mi amiga y colega M. Santos Zas me proporciona el dato de que las novelas históricas galdosianas forman parte de la biblioteca del escritor arousano.

<sup>3</sup> Cito, y en adelante, por la edición de M. Santos Zas (2017). Adviértase que la «Nota» también precede al texto de la *princeps* de tercera sonata publicada, la *Sonata de primavera* (1904), pero no se incluye en la de la *Sonata de invierno* (1905) y se modifica en la de la *Sonata de estío* (1903): «Estas páginas son un fragmento de las “Memorias Amables” que empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. ¡Aquel viejo cínico, descreído y galante como un cardenal del Renacimiento!». Evidentemente, la triada de adjetivos: «feo, católico y sentimental» es «explícita inversión irónica del Don Juan mítico» (Becerra 2006: 16). Calificativos que Zamora Vicente considera: «Tres cualidades en absoluto contraste entre ellas mismas y el tipo tradicional donjuanesco» (1955: 30).

*Don Beltrán de Urdaneta, personaje de la tercera serie de los Episodios nacionales:  
¿antecedente galdosiano del marqués de Bradomín?*

La presencia de don Beltrán de Urdaneta en el capítulo IX de *Luchana*, es anunciada por el criado Sabas a Fernando Calpena, protagonista de la tercera serie de los *Episodios nacionales*. Ambos personajes coinciden en el mismo mesón en la localidad de Trespaderne (Burgos), camino de Mena. El criado comunica al joven que, como este ocupa el único cuarto decente de la posada, del que, en sus frecuentes visitas, disfruta don Beltrán, el posadero ha dispuesto que lo compartan los dos. Y, aunque Fernando dice negarse a tal propuesta, no podrá hacerlo porque, en el capítulo X, Urdaneta le agrada sobremanera cuando penetra en la susodicha habitación.

El narrador hace de él este breve retrato:

un simpático y noble anciano, de buena estatura, algo rendido al peso de la edad, de afable rostro y modales finísimos, revelando en todo el alto nacimiento y el refinado trato social (793)<sup>4</sup>.

En ningún momento alude a la belleza del personaje, cuya fisonomía recuerda a Calpena «las imágenes que había visto de Voltaire, de Talleyrand, del abate L'Épée» (798), personalidades históricas de rostro expresivo, pero imposibles de considerar guapas. De modo que si Valle-Inclán hace a su personaje «feo», alterando un elemento prosopopéyico que hasta el momento parecía ser consustancial al seductor, Galdós pone en su misma senda a don Beltrán.

Además, Fernando da al lector una característica que bien puede identificarse con el reconocido cinismo irónico del donjuán, protagonista de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra* (1630), la conocida obra teatral de Tirso de Molina, que llega también a don Ramón, pues la cara de Urdaneta, llena de «movilidad y viveza [...] finalmente aristocrática, un tanto angulosa ya, por causa de la vejez» es «máscara de consumado histrión que *interpreta* las agudezas y marrullerías así como las benevolencias seniles» (798). Y este carácter de «actor de sí mismo» (Villanueva 2005: 30) existe en Xavier.

Este es un aristócrata refinado en que el «orgullo de casta, engolamiento genealógico y heráldico, la manía nobiliaria» forman parte de su personalidad (Zamora Vicente 1955: 43)<sup>5</sup>. De modo que «su linaje está continuamente recordado en cada una de las *Sonatas*» (Lavaud-Fage 1991: 333). Y Urdaneta hace lo propio dialogando con Fernando en el capítulo X de *Luchana*:

No falta parentela ilustre por los cuatro costados —dijo gravemente don Beltrán, con cierto desdén de buen tono hacia las humanas grandezas—. También nos vanagloriamos de que muchos de nuestra sangre estén en los altares (797).

Lo que el personaje ratifica en el capítulo XII: «Soy el jefe de una casa ilustre [...] Yo no puedo menos de ser gran señor... Noble nació, noble moriré» (813).

---

<sup>4</sup> Cito, y en lo sucesivo, por la edición de E. Penas (2016).

<sup>5</sup> Escribe Bradomín: «El orgullo ha sido siempre mi mayor virtud» (*Sonata de Primavera*: 47); «nacé muy alto» (*Sonata de Invierno*: 252).

La filiación donjuanesca de Bradomín, como conquistador de mujeres, declarada en la mencionada «Nota», demostrada a lo largo de la narración de las cuatro *Sonatas* y asumida por el propio personaje<sup>6</sup>, no es ajena a Urdaneta. En el capítulo XI de *Luchana*, Sabas anticipa a su amo la fama de conquistador del viejo noble: «Me nacieron los dientes oyendo decir que don Beltrán ha sido y es el primer calavera del reino [...] con mucho aquel de buenas mozas» (801). Él mismo declarará a su joven amigo su experiencia en el conocimiento femenino: «Soy perro viejo, conozco el mundo, y el corazón de las niñas casaderas no tiene para mí ningún secreto» (804). Y añadirá: «Mire usted que yo he visto mucho... por delante de estos ojos, que ahora se empeñan en borrarlos los objetos, han pasado bellezas verdaderamente soberanas, bellezas celestiales... sublimes» (806). Incluso, en el presente, Urdaneta sigue confirmando su estirpe galante al manifestar: «no pudiendo desmentir mi natural obsequioso, digo cuatro chicoleos de buen tono a las muchachas bonitas que van a casa [...] sostengo que lo más bello que Dios ha creado es la mujer [...] no quiero arrinconar los retratos de algunas hermosas damas que fueron mis amigas» (814). Y cuando el noble caballero se siente picado en su curiosidad por conocer a la bella amada de Fernando, el narrador subraya: «Y al expresar esto, el rostro de don Beltrán se rejuvenecía: se le encandilaban los ojos, medio ciegos ya, y se le aguaban los labios» (806).

Sin duda, el marqués de Bradomín, como el don Juan mítico, ha amado tanto a mujeres nobles como plebeyas, y lo mismo Urdaneta, que no repara, según dice, en el origen social de sus conquistas: «y en cuestión de bello sexo, que siempre fue una de mis caras aficiones, o las damas encopetadas, o estas gallardas bestias campesinas» (795). Esa procedencia donjuanesca contradice, no obstante, el modelo tirsiano y sus continuadores, al ser presentado Xavier en la mencionada «Nota» y en la *Sonata de Invierno* como un viejo, teniendo en cuenta, además, que la redacción de esas «Memorias» a las que se alude es posterior en el tiempo, obviamente, al contenido de esta cuarta entrega, la cual se escribe en el exilio de su autor cuando abandona España al perder los carlistas la segunda guerra en 1876.

En la *Sonata de Invierno* Bradomín hace referencia a que ya no es joven: «Como soy muy viejo» (222), «ya soy como un tronco viejo» (270). Incluso, se lamenta con una inflexión de sinceridad: «Hoy, después de haber despertado amores muy grandes, vivo en la más triste y más adusta soledad del alma, y mis ojos se llenan de lágrimas cuando peino la nieve de mis cabellos» (221). Y mientras «se ve en pie» con el «brazo cercenado», declara: «me sentí muy débil [...] confieso que era grande mi tristeza» (278). Por su parte, Urdaneta, en su diálogo con Fernando dice tener setenta y ocho años y en varias ocasiones lamenta los achaques propios de la edad:

---

<sup>6</sup> Escribe en *Sonata de Invierno*: «Yo tuve un momento de vanidad ante aquella acogida que mostraba cuánta era mi nombradía en la Corte de Estella. Me miraban con amor, y también con una sombra de enojo. Eran todos gentes de cogulla, y acaso recordaban algunas de mis aventuras». Este fragmento no aparece en la primera edición y se añade en la de 1918 (Lavaud-Fage 1991: 301, n. 2). También es significativa la siguiente declaración: «Mi leyenda, una leyenda juvenil, apasionada y violenta, ponía en aquellas palabras un nimbo satánico» (*Sonata de Primavera*: 46).

*Don Beltrán de Urdaneta, personaje de la tercera serie de los Episodios nacionales:  
¿antecedente galdosiano del marqués de Bradomín?*

Soy un pobre vejestorio inservible [...] ya estoy muy acabado; ya no soy ni sombra de lo que fui. Verdad que no me falta la cabeza, y discurro como en mis mejores tiempos; pero la vista se me va. Hay días que no veo tres sobre un burro, y si sigo así, pronto quedaré ciego. Esto me aflige, porque me he propuesto llegar a los noventa (796).

Así las cosas, si Valle altera la juventud del mito de don Juan cuando Bradomín escribe sus memorias, Galdós lo ha hecho antes en el relato de las aventuras amorosas de don Beltrán, que tampoco es un personaje bello.

Aunque en la «Nota» inicial figure la palabra «Memorias», identificadora del género a que se adscriben las *Sonatas*, lo cierto es que se trata de una autobiografía. Redactada en primera persona por un yo protagonista, desde cuya subjetividad que afronta lo narrado como algo propio y no externo a él mismo como si de unas memorias se tratara, en la «Nota» arriba indicada, esas páginas que vienen de la memoria no solo son calificadas de «amables», sino que se consideran incompletas —«un fragmento»—. Es decir, advierte al lector de su contenido: son galantes, de amores, subrayan la filiación donjuanesca de su autor, pero, además, esa naturaleza fragmentaria.

Como en toda autobiografía, en la narración de Xavier existe una virtualidad creativa, más que referencial, más de *poiesis* que de *mimesis* (Villanueva 2005: 27), en un intento de construir una determinada personalidad, en la que el narcisismo, «que no suele corresponder a la tradición mítica» (Lavaud-Fage 1991: 334), «la gigantesca pedantería» (Zamora Vicente 1955: 31), el cinismo y la jactancia ocupan un lugar destacado, como ha demostrado permanentemente la crítica<sup>7</sup>. Pues bien, algo de todo ello puede encontrar el lector en don Beltrán de Urdaneta.

El personaje galdosiano no escribe ninguna autobiografía, pero, estando al amor del fuego de la posada de Traspaderne, cuenta a Fernando Calpena, quien acaba de admirar su «prodigiosa memoria» (796), un relato analéptico, asimismo autobiográfico, fragmentario «un poquito —dice— de historia personal mía» y galante, que también procede de sus recuerdos: «refrescando memorias de su juventud borrascosa» (807), según el narrador omnisciente.

Urdaneta cuenta a su amigo una aventura amorosa con una hermosa mujer a la que sigue, en 1795, a París. En la treintena cumplida la había conocido en Zaragoza y, aunque su padre pretendía casarlo en segundas nupcias, pues era viudo, con una joven «agradable, esbelta, mayorazga riquísima, de familia noble, bien educadita, hacendosa» (809), don Beltrán no aceptó. Despreciaba, así, un buen partido, a cuyo lado gozaría con seguridad de una

---

<sup>7</sup> De los innumerables ejemplos reseñamos algunos como los que siguen: «Los españoles nos dividimos en dos grandes bandos: uno, el Marqués de Bradomín, el otro, todos los demás» (*Sonata de Estío*: 95); «hay tálamos fríos como los sepulcros, y maridos que duermen como las estatuas yacentes de granito. ¡Pobre Concha! Sobre sus labios perfumados por los rezos, mis labios cantaron los primeros el triunfo del amor y su gloriosa exaltación. Yo tuve que enseñarle toda la lira: Verso por verso, todo el rosario de sonetos de Piero Aretino. Aquel capullo de niña desposada, apenas si sabía murmurar el primero. Hay maridos y hay amantes que ni siquiera pueden servirnos de precursores» (*Sonata de Otoño*: 174-5); «era feliz, con esa felicidad indefinible que da el poder amar a todas las mujeres» (*Sonata de Estío*: 73).

«vida de descanso, de opulencia prosaica, con probabilidades de larga sucesión, y mucha labranza, recreos de campo y caza...» (808). Pero Urdaneta, que afirma: «Yo no estaba por la prosa» (808), se escapa a París. Allí, sin embargo, se llevó un buen chasco pues, después de buscar a la «hermosura sobrehumana» (807) durante tres meses, descubrió que «la que para mí más que mujer era una diosa, la que en España me juró amor eterno» (808), se había casado con un jefe de policía.

Después de este desengaño, don Beltrán no se amilanó, cultivó buenas relaciones parisinas y, «mariposeando de salón en salón» (809), llegó a ser uno de los predilectos en el de madame Beauharnais, nada menos que Josefina, la futura emperatriz de Francia. Por ella enloqueció un joven Napoleón, aunque, la dama, a decir de Urdaneta era «una gran coqueta [...] una coqueta saladísima, y temible, atroz» (809). Enterada esta por la propia víctima de su decepción amorosa, se lo contó a Bonaparte, y, una vez que el general salió para Italia, Josefina comenzó a proteger a Urdaneta, llevando a su salón a su antigua amante. Pero el donjuán aragonés, contagiado del «libertinaje parisién» (809), ya no tenía ilusión por ella. Es más, «la prodigiosa hermosura» se le «deshizo en humo» (809) porque, según su propia confesión, don Beltrán pretendía a Josefina, quien «le agradaba extraordinariamente» (809). Como hará Bradomín, el personaje galdosiano no se arredra ante nadie ni ante nada, de modo que, aunque la «general» era «asustadiza» y Napoleón «celosísimo» (809), Urdaneta, jactancioso, da a entender que se atrevió.

Pero este no cuenta más de su conquista amorosa porque Calpena tiene pocos años y cree que «los malos ejemplos no convienen a las imaginaciones juveniles, exaltadas» (809). Sin embargo, don Beltrán da algunas pinceladas más a su narración que subrayan su cinismo. Aunque no llegó a ver a Josefina como emperatriz, fue a ofrecerle sus respetos, ya caída en desgracia, a la Malmaison, pero no lo recibió. Urdaneta, narciso, comenta que el divorcio «le estuvo muy bien empleado» porque era «muy lagarta» (810), que murió a los tres meses de su fallida visita y que fue a su entierro.

Teniendo en cuenta que el grande de España, obra de don Benito, es un personaje secundario, resulta coherente que el escritor evite el relato completo de sus aventuras amorosas, pero eso no quiere decir que, fragmentariamente, como indica el narrador, ofreciese a Fernando «otras anécdotas de su borrascosa vida galante» (810), aunque «esquivando los ejemplos de depravación o cinismo» (810). Este fragmentarismo, como el practicado por Bradomín, que no los oculta, deja al joven y al lector «a media miel en algunos pasajes interesantísimos de la vida del prócer libertino» (810).

Frente a estas semejanzas, muy diferente es el objetivo que se proponen ambos donjuanes, el galdosiano y el valleinclanescos, cuando bucean en sus recuerdos. Don Beltrán declara a Calpena el fin didáctico que lo mueve: «mi experiencia cree prestar a su juventud un gran servicio, enseñándole con mi ejemplo a poner frenos a la imaginación, a no aban-

*Don Beltrán de Urdaneta, personaje de la tercera serie de los Episodios nacionales:  
¿antecedente galdosiano del marqués de Bradomín?*

donar lo cierto por correr tras lo dudoso» (807)<sup>8</sup>. Por eso, atendiendo a esa motivación pedagógico-moralizante de relatar sus «locuras» (810), el narrador comenta:

Terminaban casi siempre las historias con sabios consejos, mandándole que aplicara a su gobierno ciertas enseñanzas, y que en otras pusiese todo su estudio en no tomarle por maestro, en hacer todo lo contrario de lo que el biógrafo de sí mismo había hecho (810).

Por el contrario Bradomín, irrespetuoso con Dios y algunas veces satánico, tal y como la crítica ha acreditado repetidas veces, alardea de fines muy diferentes para su autobiografía. Cuando en la *Sonata de Invierno* la reina carlista le dice que «serían muy interesantes» (293) sus memorias, Xavier afirma: «Diría solo mis pecados» (293). Y cuando un obispo, allí presente, evocando a san Agustín, comenta lo edificante de tales escritos, el donjuán valleinclanesco es tajante en su sabida declaración de cínica ironía: «Yo no aspiro a enseñar, sino a divertir. Toda mi doctrina está en una sola frase: ¡Viva la bagatela! Para mí haber aprendido a sonreír es la mayor conquista de la Humanidad» (293).

Después de este cotejo de los dos personajes, no parece fuera de lugar considerar al galdosiano, aunque secundario, antecedente del central valleinclanesco, teniendo en cuenta, no obstante, que tal como hemos examinado, hay elementos o aspectos comunes y otros divergentes. En todo caso, don Ramón del Valle-Inclán, acreedor de una poderosísima capacidad creativa, se sitúa ante una tradición literaria, de la que también forma parte Galdós, sobre la cual, como autor de las *Sonatas*, tenía plena consciencia. Así lo demuestran sus clarividentes y conocidas palabras, del 3 de septiembre de 1926, en su entrevista con Mariano Román:

En ellas intenté tratar un tema eterno. El tema, si es eterno, por mucho que esté tratado, no está agotado nunca. El tema eterno es piedra de toque donde se mide el esfuerzo y el mérito de cada autor, y por ello todos debemos intentarlo (J. y J. del Valle-Inclán 1994: 310).

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BECERRA, C. (2006): "Tres miradas sobre un mito: Don Juan en Valle-Inclán". *Anales de Literatura Española Contemporánea. Anuario Valle-Inclán VI* 31/3, 7-25.
- LAVAUD-FAGE, E. (1991): *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*. La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, conde de Fenosa.
- PÉREZ GALDÓS, B. (2016): *Episodios nacionales. Tercera serie, I*. Ed. E. Penas. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- SANTOS ZAS, M. (ed.) (2017): "Introducción" a R. del Valle-Inclán: *Obras completas, II (Narrativa)*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, XIII-CXIX.
- SPERATTI-PIÑERO, E. S. (1959): "Génesis y evolución de *Sonata de otoño*". *Revista Hispánica Moderna* 1-2, 57-80.
- VALLE-INCLÁN, J. y J. DEL (eds.) (1994): "A manera de prólogo. Hablando con Valle-Inclán". En *Ramón María del Valle-Inclán. Entrevistas, conferencias y cartas*. Madrid: Pliegos, 309-11.

<sup>8</sup> Piénsese que el caballero desea que su amigo deje de perseguir a su huidiza novia y haga caso a Demetria de Castro Amézaga.

*Ermitas Penas*

- VALLE-INCLÁN, R. DEL (1902): “*Las tormentas del 48*”. *La Correspondencia de España*, 6 de julio, 5.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL (1994): “En vísperas de un estreno. Lo que dice Valle-Inclán”. *Heraldo de Madrid*, 4 de marzo, 1912. En *Ramón María del Valle-Inclán. Entrevistas, conferencias y cartas*. Eds. Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Madrid: Pliegos, 91-8.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL (2017): *Obras completas, II (Narrativa)*. Ed. M. Santos Zas. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- VILLANUEVA, D. (2005): *Valle-Inclán, novelista del modernismo*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- YNDURÁIN, D. (1984): “*Luces*”. *DICENDA. Cuadernos de filología hispánica* 3, 163-87.
- YNDURÁIN, F. (1969): *Valle-Inclán. Tres estudios*. Santander: s. e.
- ZAMORA VICENTE, A. (1955): *Las Sonatas de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos.